

## TRINCHERA DE MIRADAS

Era un soldado, como tantos otros. Un hombre nacido en cierto momento temporal, en cierta región, y en cierto lugar. La lotería de la existencia, de la vida: nacer en un territorio u otro.

Siendo que, antes de tan siquiera existir, tu futuro, porvenir, oportunidades e incluso salud, va a estar totalmente determinada al lugar dónde apareces en este mundo, y en un segundo plano, a la familia a la cual vas a pertenecer.

Así es la historia anónima de este soldado, como muchos que ha habido, y por desgracia y ojalá dejaran de ser “necesarios”, como muchos que habrán. Un humano cuyo nombre, creencias, raza o familia no importa en absoluto a los artífices de todo esto. Pero, al menos, si importa algo más, que a los inocentes que nacieron, por azar del destino, a la zona dónde se dirigen. Años de formación, junto a sus compañeros. Compañeros que conforman una familia que no es de sangre, y en la que, irónicamente, una vez dentro, no importa que se sea de diferente etnia, religión o poder económico. Porque sólo importa la jerarquía prefijada a respetar dentro del ejército, y luchar en común para el objetivo impuesto. Lo demás es secundario. Desconocidos años atrás, que hoy por hoy, deberían dar la vida los unos por los otros. El objetivo es cumplir la misión, y a poder ser, con las mínimas bajas posibles (de su bando, el otro no importa...).

De este modo funciona el mundo del pasado, y el actual a su vez. De enfrentar humanos contra humanos, siendo algunos enemigos y otros aliados. De, prácticamente, no poder escoger tu situación, tu puesto, ni tu condición. Si en este injusto sorteo, llamado vida, te toca pertenecer al bando enemigo, al menos deseo que puedas defenderte. Porque si no, no queda más opción que el sufrimiento o la muerte. Y si hay mucho de lo primero, acabarás esperando que llegue lo segundo, y que sea rápido e indoloro.

Este soldado estaba empezando a ver cosas que otros no veían, a entender cosas, para las que, por supuesto, no les entrenan a entender. En el trayecto al lugar acordado, observando por las ventanillas el paisaje arrasado, árido y pobre de quién vio bombardeado su hogar, se plantea, por vez primera, que hubiese sido de su vida de haber nacido allí, en lugar de dónde lo hizo.

En su caso, la decisión de formar parte del ejército, estuvo meditada en todo momento. No se vio obligado contra su voluntad a formar parte de ello, como otros si lo hicieron en diferentes momentos y lugares. No le gustaba mucho estudiar lo que se esperaba de él que hiciera. Una vida monótona, no le motivaba. Necesitaba, a su vez, algo con lo que poder independizarse, labrarse un porvenir y, a poder ser, ayudar de algún modo económicamente a sus padres. Ya que, si bien nació en un hogar dónde nunca faltó un plato de comida en la mesa, es cierto que no formaban parte de los pocos afortunados de clase económica y social altamente privilegiada.

Por todos esos motivos, en un momento determinado, tomó la decisión de pasar las pruebas para ingresar en el ejército. Y resultó apto. Y entró. En ese mismo instante, empezó su duro entrenamiento, para hacer de él, el instrumento de orgullo y victoria de su país y su legión. Un peón más, en las partidas de ajedrez que buscan restaurar la “paz”, conseguir la victoria y, con ella, el poder, que así haya planeado su gobierno.

Gobierno que, por supuesto, nunca es transparente del todo con sus intereses, ni con las bajas causadas en esos procesos. Ninguno parece serlo realmente. Sólo se busca identificar a enemigos y víctimas, culpables e inocentes, vencedores y vencidos. Y hasta la siguiente ocasión.

En todos esos largos meses, se le entrenó para tener una condición física excelente, unos reflejos lo más raudos posibles, una actitud diligente e impecable. Y en esos entrenamientos, es dónde se va conociendo al resto de compañeros, los que forman parte de su vida durante todos los años que este soldado sea una pieza más de la amalgama de victoria y armamentística que representa a su país. Y es que, por supuesto, el cuidado, dominio y conocimientos de las armas formó parte de dicho entrenamiento. Armas concebidas para matar, sin más. Pero vendidas con la función de proteger su integridad, y la de sus compañeros. Recomendadas como herramienta de persuasión en muchos conflictos, instrumento de amenaza en otros, y herramienta final para conseguir la rendición de quién ya nada tiene que perder, mediante el accionamiento de su gatillo e impacto contra su objetivo. El primer uso del arma suele ser duro e impactante para la mayoría, salvo un sector aislado de gente (no personas) que realmente, disfrutaban con ello. Y abusan. Uno puede ir identificando quienes son esos seres, al verles coger su arma. Y cuando se convive durante tiempo con ellos, y debes, a pesar de todo, llamarles “compañeros”, decide, cada uno, una estrategia u otra para cooperar, pero no estrechar vínculos. Siempre deseando que un día, al darles la espalda, no se les cruce un cable, y formes parte de su diversión particular, desapareciendo de la existencia conocida con solo un “clack” de gatillo.

Todo eso era en lo que iba pensando este soldado anónimo. Sus orígenes, sus recuerdos. El cómo le impactó usar por primera vez su arma, en una situación dónde se vio obligado a hacerlo, con tal de volver con vida, al estar su enemigo armado y con intención de atacar. En el resto de misiones, nunca tuvo que usarla, como mucho, como señal visual de poder. No sabía si se sentiría preparado para volverse a plantear el quitar la vida a alguien. Aunque ese alguien fuese llamado enemigo. De esto no podía hablar mucho, no quería ser considerado un cobarde. Estaba convencido de que era el único, en ese camión militar polvoriento y cubierto de arena, que pensaba de ese modo.

En esta ocasión, no les habían explicado mucho de la situación. Simplemente que tenían que llegar, y conseguir rendiciones. Se tenía que mandar un mensaje, se debía conseguir que el pequeño pueblo entregara todos sus bienes, y abandonase el lugar voluntariamente. Pero, tal y como les había explicado su mando, puesto que ya se había bombardeado días atrás la zona, no se esperaba ver a gente viviendo allí, siendo así la misión mucho más sencilla: llegar, recoger objetos de valor económico, y marcharse.

Aparcaron y se dispersaron para cubrir mejor todas las zonas, en contacto siempre unos con otros a través de sus sistemas de comunicación. El soldado anónimo bajó del vehículo, notando sus piernas entumecidas después del largo viaje. Con su fusil a cuestas, empezó a andar el camino que le había tocado, también al azar, como el origen de su existencia. Una calle totalmente desolada, con pequeñas edificaciones derruidas, y olor aún a quemado y pólvora, invadían todos sus sentidos a la vez, salvo el oído. No se podía escuchar ni un alma, ni el aleteo de un pájaro, ni el viento soplando. Solo los pasos de sus botas, levantando a cada avance arenilla, y su respiración, firme y decidida. Iba escuchando mediante el sistema de comunicación como sus compañeros llegaban al

final de sus zonas, y como confirmaban que estas se encontraban vacías, saqueando lo que podían y quedaba aún en pie. Él iba a hacer lo mismo, pero, de repente, escuchó un lloro, que rápidamente, alguien se encargó de silenciar con un “shhh” desesperado. Provenía de una casa más al fondo. De manera mecánica y sin pensar, tal y como le entrenaron, corrió hacia el lugar de donde procedía el sonido, y entró, derribando la puerta, quemada y medio rota, de una patada, con el arma apuntando.

Y allí vio, la otra cara de la lotería de la vida, los que nacen en el bando equivocado. Una pequeña familia, de padre, madre, niña pequeña que aún estaba temblando y con lágrimas en los ojos y, delante de ellos, protegiéndolos con un cuchillo agarrado temblorosamente con unas manos llenas de callos y heridas, el hijo mayor, de la misma edad y constitución que este soldado anónimo. La mirada de la familia era de terror. La del hijo mayor, de quién ya no tiene nada que perder, pero, aun así, teme su final. Habían intentado crear una pequeña trinchera para protegerse. Se les veía hambrientos y heridos. No habían abandonado su pueblo, ni su vivienda, porque la madre, el padre, y la hija pequeña estaban heridos para andar. Les habían quitado todo, salvo su deseo de vivir, y poder terminar sus días en el hogar que, con amor, esperanza y humildad, construyeron entre todos. El soldado anónimo, por unos instantes, se vio a si mismo siendo el hijo. Se imaginó a sus padres y su pequeña hermana en la misma situación.

Por vez primera, pudo ver claramente la injusticia e infra humanidad que generaba una guerra: humanos matando humanos. Y meditó como el joven armado con un cuchillo, no era enemigo, a pesar de tener un cuchillo. Pero el soldado, si lo era, estaba armado y podía acabar con sus vidas. Sólo porque alguien lo ordenó. Sólo porque nacieron en el lugar y momento equivocado.

No era justo, nunca lo fue.

Así que sus miradas se cruzaron, coincidiendo y uniéndose a distancia, con sus cuerpos separados a través de la trinchera. Con lentos movimientos, el soldado decidió dejar en el suelo las provisiones que llevaba consigo para el viaje, y su botiquín. No sería mucho, pero si lo suficiente para que se repusieran y buscasen ayuda.

Los ojos de uno, reflejaban las intenciones del otro, y se entendieron sin palabras. Abandonó el lugar, diciendo por el comunicador:

- Todo despejado aquí, vuelvo con vosotros.

Y deseó el bienestar de esas personas, y del resto. No tuvo valor para mirar atrás. Ni para cargar con fuerza su arma. Tanto cambió en él en tan poco, que decidió dejar el ejército, y formó parte de ayudas humanitarias.

Decidió estar en el lado correcto de la trinchera, en esta ocasión, por voluntad propia. Aunque la vida te ponga en un lugar u otro al nacer, uno tiene el poder de hacer las cosas bien, de manera correcta, y de comprender que todos los seres humanos merecen justicia y vida. Y ojalá todos entendiésemos esto, sin tenernos que ver detrás de una trinchera, cruzando miradas con un enemigo. Porque hasta que no deje de existir la palabra “enemigo”, no cesarán situaciones así.